

de Susana; luchaba contra la tentación monstruosa de golpear á aquella mujer indefensa. No bien hubo visto el retrato, lanzó una carcajada insensata. Se apoderó de él, y cogiéndola á ella por los cabellos, le restregó aquel retrato contra la boca cruelmente, á riesgo de hacerla sangre, y riendo como un loco repetía:

—¡Toma, mira tu amante, mira tu amante, tu amante, tu amante!

Después arrojó el cuadro al suelo y lo pisoteó. No bien se hubo entregado á esta acción de demencia, tuvo vergüenza de sí mismo. Miró á Susana por última vez con el cabello suelto, los ojos fijos, inmóvil de terror, en un rincón de la habitación. No pronunció una palabra, y salió sin que ella tuviese fuerzas para articular ni una sola sílaba.

XX

EL PADRE TACONET

Dos días después de esta terrible escena, habiendo aparecido de nuevo el cielo de Mayo espléndido, azul y tibio, Claudio Larcher se hallaba á eso de las dos de la tarde apoyado en el balcón de la habitación de Colette que daba sobre el jardín de las Tullerías. Había pasado varias noches seguidas en casa de su querida. Ambos amantes se veían arrastrados por uno de esos caprichos que son tanto más fogosos en las uniones de este género, cuanto que el recuerdo de las quejas de la víspera se mezcla á la certidumbre de la riña del día siguiente. El hombre y la mujer se entregan uno á otro sin reservas; parece que la larga serie de los placeres, gustados antes en común, haya modelado sus cuerpos el uno para el otro, y ante esos renuevos de ardiente posesión, casi frenética, toda otra voluptuosidad pierde su sabor. Claudio reflexionaba sobre esta ley singular de los hábitos amorosos, mientras daba fin á un cigarro viendo cómo el humo tomaba tonos azules al sol. Miraba

cómo se cruzaban en la calle los carruajes y cómo bajo el follaje del jardín desfilaban los paseantes. Se maravillaba de la perfecta beatitud en que estos días de saciedad le habían hundido. Sus celos dolorosos, sus demasiado legítimos furios, el justo sentimiento de su degradación, todo quedaba abolido, porque Colette había hecho su voluntad y puesto en la puerta de la calle tanto á Alina como á Salvaney. Esto no podía durar, bien lo sabía; pero la presencia de esta mujer le procuraba una felicidad tan completa, que echaba por tierra todos sus temores para el porvenir y todos sus rencores pasados. Fumaba su cigarrillo con agradable lentitud, y á cada instante se volvía para verla, á través de la ventana abierta, vestida con traje chino de color rosa bordado de flores de oro, balancearse sentada en una mecedora. En sus pies, calzados con media color rosa como el traje, movíanse al mecerse las babuchas marroquíes, también guarnecidas de bordados. El *fumadero*, el mismo donde había pasado la escena de la carta, estaba lleno de flores. En las paredes se veían recuerdos que se enlazaban con la carrera de la artista: acuarelas que representaban interiores, panderos de cotillón, fotografías, coronas. Un gato de Angora blanco, con un ojo azul y el otro negro, jugaba con

una pelota tumbado boca arriba, mientras Colette, meciéndose, dirigía sonrisas á Claudio á través del humo de su cigarrillo ruso, ó leía un periódico que tenía en la mano, tarareando una adorable romanza de Richepin, que acababa de ser puesta en música por un extraño compositor llamado Cabaner.

Un mes se escapa, el otro llega;
El tiempo corre como un lebre!

—¡Dios mío!—pensaba el escritor al escuchar estos *couplets* del único poeta de nuestro tiempo que haya sabido rivalizar en gracia con las divinas canciones populares.—¡Estos versos son bien hermosos, el cielo muy azul, mi adorada muy linda!... ¡Al diablo el análisis!...

La joven interrumpió este tranquilo ensueño de amante feliz, lanzando un grito. Se había levantado de su asiento temblando y con el periódico en la mano. Después de haber examinado, según su costumbre, la tercera página, en la cual se encuentran las noticias de teatros, había pasado á la segunda, luego á la primera, y lo que en ella acababa de leer la había trastornado; alargó el periódico á Claudio, balbuceando:

—Es demasiado horrible.

Claudio, asustado por esta febril y repen-

tina agitación, cogió el periódico y leyó bajo el epigrafe *Ecos de Paris*:

«En el momento de entrar este número en prensa, llega á nosotros una noticia que afectará profundamente al mundo literario. Renato Vincy, el aplaudido autor del *Sigisbeo*, acaba de atentar contra su vida en su habitación de la calle de Coëtlogon. Renato Vincy se ha disparado un pistoletazo en la región del corazón. Apresurémonos á publicar, para tranquilizar á los numerosos admiradores del joven poeta, que esta tentativa no tendrá consecuencias fatales. Nuestro simpático colega se ha herido, en efecto, gravemente, pero la bala ha podido ser extraída y las noticias son buenas.

»Son muchas las conjeturas que se hacen sobre los móviles de este acto de desesperación.»

—¡Ah, Colette! — exclamó Claudio. — ¡Tú eres quien le ha matado!

—No—gemía la actriz fuera de sí,—no es posible... no morirá... Ya lo ves, el periódico asegura que está mejor... ¡No digas eso! No me consolaría nunca... ¿Qué sabía yo? Te creía tan fuerte... Haber sido tan duro... Hubiera sido capaz de todo para vengarme... Pero vete, corre... Toma tu sombrero, tus guantes, tu bastón. ¡Pobre Renato! Quiero en-

viarle unas flores. ¡Le gustaban tanto!... ¿Y tú crees que ha sido por esa mujer?...

Hablando así, con esta incoherencia, que revelaba, á pesar de todo, la emoción de su buen corazón de una parte, y la puerilidad de la comediante de otra, había concluido de vestirse, empujándole hacia la puerta.

—¿Y dónde te encontraré? — preguntaba éste.

—A las seis aquí, para ir á comer al Bosque... ¡Dios mío! — replicó, — si no tuviese esas dos citas en casa de la modista y en casa de la costurera, iría contigo. Pero, no puedo faltárlas...

—¿Tú sigues pensando todavía en que vayamos á comer al Bosque?... — repuso Claudio.

—No seas malo — respondió ella besándole, — está tan hermoso y tengo tanta ansiedad de amarte en el campo...

Con esta frase, que acababa de pintarla por completo, con sus rápidas transiciones de las ternuras más sinceras al gusto apasionado del placer, Larcher devolvió el beso á su amante, poseído de un vago menosprecio hacia sí mismo; tan débil se mostraba ante los menores caprichos de Colette, aun en el mismo momento en que acababa de saber una catástrofe que le tocaba tan de cerca. Se lanzó por la escalera, bajó los tres pisos sal-

tando de cuatro en cuatro los escalones, metiéndose en un coche, que al cabo de un cuarto de hora le puso delante de la verja de la calle de Coëtlogon, que él mismo había franqueado algunos meses antes, cuando vino á buscar á Renato para llevarle á la *soirée* del hotel Komof... Se agolparon á su memoria bruscamente todos los pensamientos que había tenido en aquel mismo sitio, el cielo siniestro de aquella noche, la fría luna que corría por entre las movibles nubes y el extraño presentimiento que le había oprimido el corazón. Ahora, un delicioso día de Mayo llenaba de luz el cielo, las hojas verdeaban en el jardinillo delante de las ventanas del piso bajo de casa de Fresneau. Esta decoración primaveral de una vida tan agradable, representaba demasiado bien lo que durante mucho tiempo había sido el destino de Renato y lo que seguiría siendo si jamás hubiese visto á Susana. Y de este fatal encuentro, ¿quién había sido el autor indormidimientos, diciendo:

—¿Podía yo prever esta desgracia?

Él, sin embargo, la había previsto. No podía resultar otra cosa del trasplante repentino del poeta en un ambiente lujoso, donde su vanidad y su sensualismo se habían desarrollado tan pronto. Lo peor había ya ocurrido.

Quizá por una horrible casualidad. ¿Pero quién había provocado esta casualidad? La respuesta á esta pregunta era cruel para un verdadero amigo como Claudio, que con el corazón angustiado llamó á la puerta de esta casa, donde antes reinaban la sencillez, el noble y santo amor unido al trabajo. ¡Qué mortales miasmas habían penetrado én ella por su causa, y cuántas tristezas! Pudo confirmarse una vez más esta su creencia ante el semblante descompuesto de Francisca, que salió á abrirle y que á su vista prorrumpió en sollozos. Enjugaba sus lágrimas con la punta del delantal azul, diciéndole en su lenguaje mezclado con frases de su dialecto:

—¡Ah, desgraciado!... Mi buen amo. ¡Querer concluir así, un niño que yo he conocido tan endeble y lindo como una niña!... ¡Jesús, María y José! Entrad, señor don Claudio, encontraréis á la señora Fresneau y á la señorita Rosalia... El padre Taconet está con él consolándole...

Emilia estaba con la pequeñuela Offarel en el comedor donde Claudio había sido recibido tantas veces en prueba de intimidad. El doctor acababa de salir, sin duda, porque el olor á ácido fénico llenaba la habitación, como después de una cura. Un frasco de esta sustancia, con etiqueta encarnada, se hallaba

sobre la mesa al lado de una poción cerca de una bandeja y entre pedazos cuadrados de algodón. Las vendas arrolladas, el tafetán, un bote de pomada, alfileres, y por fin, un criado de librea, daban á esta pieza aspecto de hospital. La palidez de Emilia revelaba bien las emociones que había sufrido durante cuarenta y ocho horas. La presencia del escritor le produjo el mismo efecto que á Francisca. El la recordaba sobradamente con su sola presencia los días en que tan orgullosa estaba de su Renato. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y tendiéndole la mano, dijo:

—¡Cuánta razón tenía V.!...

Rosalía había echado á Claudio una mirada tan explícita como si fuese una manifiesta acusación del suicidio de Renato. Había en la pupila de la joven tal rencor, y la decisión que su mirada expresaba convenía tan bien con los secretos remordimientos de Claudio, que éste bajó sus ojos, y al cabo de un momento de silencio, preguntó:

—¿Podría verle?...

—Hoy no—respondió Emilia;—está tan débil... El doctor teme que las emociones le perjudiquen.

Y prosiguió:

—Mi tío le dirá cómo se encuentra...

—¿Y cuándo ha ocurrido esta desgracia?

Yo nada he sabido, lo he leído en los periódicos.

—¡Han hablado de ello los periódicos!—dijo Emilia;—y yo que había tomado tantas precauciones!

—Una noticia de cuatro renglones...—replicó Claudio, que adivinaba lo que pasaba en el repentino arrebató de Rosalía.

El viejo Offarel tenía á sus órdenes en el ministerio de la Guerra un joven que se ocupaba de literatura y á quien el escritor conocía algo. El subjefe había debido hablar y enterarse su hija. Intentó Claudio atraerse una mirada más amable, disuadiendo de sus sospechas á la señora de Fresneau:

—Los periodistas husmean por todas partes—decía;—por poco conocido que uno sea, no se les escapa...

Y luego siguió:

—Pero ¿los detalles?...

—Cuando volvió anteayer—dijo Emilia—hacia las cuatro, en seguida adiviné en su semblante que tenía algo... ¡Pero qué! Estaba tan acostumbrada á verle triste desde hace algún tiempo... Me había anunciado un viaje á Italia. Le pregunté: «¿Sales mañana, por fin?..» «No», me contestó, acercándose hacia sí y abrazándose largo rato en medio de sollozos. Le pregunté: «¿Qué tienes?..» «Nada»,

me contestó, «¿dónde está Constancio?» Esta pregunta me sorprendió. Sabía perfectamente que el niño no vuelve del colegio antes de las seis. «¿Y Fresneau?», añadió. Lanzó un gran suspiro y entró en su cuarto. Yo me quedé cinco minutos indecisa; porque quizá no debía dejarle solo. Tenía miedo. Es tan fácil en estos trances de desesperación perder el juicio... En esto, oigo una detonación. ¡Ah! ¡La estaré oyendo toda la vida!...

Se detuvo conmovida y sin poder continuar, porque le ahogaban las lágrimas.

—¿Y qué dice el doctor?—repuso Claudio.

—Que está fuera de peligro, salvo una complicación imposible de prever—respondió Emilia;—él mismo nos ha explicado que esta desventurada pistola—yo fui quien se la regaló—estaba un poco dura de gatillo. El esfuerzo que ha tenido que hacer para llegar á dispararla, hizo que la bala se desviase... Le ha atravesado el pulmón sin tocar al corazón, saliéndole por el otro lado... ¡A los veinticinco años!... ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué desgracia! ¡No! ¡No nos quiere, nunca nos ha querido!...

Cuando de este modo se lamentaba, mostrando al descuido el pesar de su alma, el sufrimiento de la ternura prodigada en vano, que conocen sobre todo las madres, apareció el padre Taconet por la puerta del cuarto del

enfermo. Apretó la mano á Claudio, al cual había perdonado el haber abandonado en otro tiempo la escuela de San Andrés sin decir palabra, y contestando á la doble mirada inquiridora de su sobrina y Rosalía, dijo:

—Va á reposar, y yo tengo que ir á mi escuela.

—¿Me permite V. que le acompañe?—dijo Claudio.

—Iba á suplicárselo—repuso el cura.

Echaron á andar, y durante los primeros minutos reinó el silencio más completo. El padre Taconet imponía siempre á Larcher, por ser uno de esos caracteres irreprochables que contrastan notablemente con la bajeza de costumbres corriente, y para que su sola existencia no sea una censura constante á los ojos de un hijo del siglo, como era el escritor enenagado en el vicio y sediento de ideal. Ahora mismo, y mientras el sacerdote iba con su paso algo pesado á su lado, le miraba pensando en los abismos morales que le separaban del cura. El director de la escuela de San Andrés era un hombre alto, fuerte, de cerca de cincuenta años. A primera vista nada anunciaba, por su robusta corpulencia, el ascetismo de su vida. Sus carrillos llenos y colorados le habrían dado cierto aire de angelote, si el gesto austero de la boca, y sobre todo la

dulzura de su mirada, no hubiesen corregido esta primera apariencia. La imaginación del artista, que, perfeccionada por la herencia, había producido la blanda melancolía de la madre de Renato, el talento del poeta y su inclinación por las cosas brillantes, como la ternura desordenada de Emilia hacia su hermano; esta imaginación que impide al espíritu detenerse en el hecho presente y positivo, pero que sin cesar ilumina los objetos con colores demasiado brillantes ó demasiado sombríos; esta peligrosa y todopoderosa facultad, encendía también relámpagos en los azules ojos del abate. Solamente la disciplina católica había corregido sus abscesos, así como la fe profunda había santificado su objetivo. Había en su ardiente mirada la serenidad sólo posible en un hombre que durante años enteros se había dormido cada noche y despertado á la mañana siguiente con una idea de abnegación. De esta idea en que siempre recaía la conversación del padre Taconet, Claudio conocía su fórmula tan precisa y definida: reconstituir el alma francesa por el cristianismo. Tal era, á juicio de este robusto obrero de la vida moral, el fin reservado en nuestro tiempo á todos los hombres de buena voluntad. Claudio no ignoraba tampoco las esperanzas que este sacerdote, verdaderamente superior,

había puesto en su sobrino. ¡Cuántas veces no le había oído decir: «Francia necesita talentos cristianos!...» Por esto le miraba con una curiosidad singular, estudiando en su fisonomía, tan tranquila de ordinario, un movimiento de ansiedad que quizá hubiera preferido que fuese de duda. Caminaban por la acera de la calle de Assas, é iban á cruzar la de Rennes, cuando el sacerdote se detuvo para decir á su compañero:

—Mi sobrina me ha dicho que V. conoce á esa mujer que ha arrastrado á mi sobrino á este acto de desesperación. Dios no ha querido que este pobre muchacho desapareciese de esa manera. El cuerpo sanará, pero es preciso que el espíritu no vuelva á caer... ¿Quién es ella?

—Lo que son todas las mujeres—respondió el escritor, que no pudo resistir al placer de mostrar al sacerdote su conocimiento del corazón humano.

—Si hubiese V. confesado, no debería haber dicho «todas las mujeres»—interrumpió el padre.—No sabe V. lo que es la mujer cristiana, y hasta dónde puede llegar su sacrificio...

—Lo que son casi todas las mujeres, vamos—replicó Claudio con cierto tonillo irónico, comenzando á contar lo que sabía de la

historia de Renato; luego trazó un retrato bastante exacto de Susana, con grandes refuerzos de expresiones psicológicas, hablando de la multiplicidad de su persona, de una condición primera de su *yo*, y de una condición segunda.

—Hay en ella—decía—una mujer que quiere gozar del lujo, y tiene un amante que se lo paga; otra que quiere gozar del amor, y ha tomado un amante muy joven; una mujer sedienta de consideración, y vive con un marido á quien ella domina. Y al amante por dinero, al amante por amor, al marido por decoro, apostaríá que á los tres ama de una manera diferente. Ciertas naturalezas son así, como esas cajas chinas que contienen otras seis ó siete... ¡Es un animal muy complicado!...

—¿Complicado?—repuso el sacerdote alzando la cabeza.—Ya comprendo; usa usted esas palabras por no pronunciar otras más sencillas. Es simplemente una desgraciada que vive á merced de sus sensaciones... Todo ello no es más que una gran inmundicia.

Su noble fisonomía expresó un disgusto profundo al pronunciar esta frase brutal. Se veía que la idea de las cosas carnales le causaba la especie de repugnancia irritada que da la carne á los clérigos que han tenido que luchar contra la energía de un temperamento

hecho para el amor. Este disgusto pronto cambió en profunda tristeza, y continuó diciendo:

—Lo que me espanta, respecto de Renato, no es esa mujer. Según lo que me dice, una vez que ha satisfecho su capricho, le hubiera abandonado... Enfermo, ya no volverá á pensar en él. Este es el estado moral que esta aventurera testifica en el pobre muchacho... A los veinticinco años, con la educación que ha recibido, sentirse tan necesario á la mejor de las hermanas, poseer ese don incomparable que se llama talento y con el cual se puede, puesto al servicio de firmes convicciones, producir tan grandes cosas, el haberlo recibido precisamente en un momento trágico de la historia de su patria; saber que ésta puede mañana perecer para siempre en una nueva tempestad, que su salud es cosa de todos nosotros, de V., suya, mía, de esos transeúntes, y sin que todo esto no pese nada en la balanza contra el dolor de ser engañado por una pérdida. Pero...—insistió como si su discurso se dirigiese tanto á Claudio como al herido—¿qué espera V. encontrar en ese mundo temible de los sentidos en que se empeñan ustedes, bajo pretexto de amar, sino el pecado con su infinita tristeza?... Hablaba V. de complicación. Bien sencilla es la vida humana. Toda ella se contiene en los diez manda-

mientos de Dios. Búsqueme un caso, sólo uno, al cual no hayan contestado anticipadamente... Hay tal ceguera en los hombres de estos tiempos, que un niño á quien yo he conocido tan puro, ha llegado en tan poco tiempo á ese extremo, por haber respirado tan sólo el vapor del siglo... ¡Ah, señor—añadió con el acento desgarrador de un padre engañado por su hijo,—estaba tan orgulloso de él! ¡Me prometía tantas cosas!...

—Habla V. de él como si hubiera muerto—interrumpió Claudio, que se sentía enternecido é irritado juntamente hacia su interlocutor.

Por una parte, se compadecía de su visible sufrimiento; por otra, no podía soportar las ideas que acababa de enunciar el sacerdote, aun cuando también eran las suyas en los momentos de remordimiento. Como muchos escépticos de nuestros días, suspiraba incesantemente por la sencillez de la fe, único principio de conducta para la voluntad, y sin cesar, el gusto por las complejidades intelectuales ó sentimentales mostrábale en la fe, cualquiera que ella fuese, una mutilación, una necesidad. Sintió repentinamente impulso irresistible de contradecir al padre Taconet y de defender á Renato, por el cual, al llegar á la calle de Coëtlogon, él mismo se lamentaba.

—¿Y piensa V.—continuó—que este muchacho no saldrá de esta prueba más fuerte, más capaz de ejercitar y de desenvolver su talento de escritor, en el cual, V. á lo menos, señor cura, cree?... ¡Ah! ¡escribir! Si esto no fuera más que describir ideas en nuestro gabinete como un geómetra ante su pizarra para enunciarlas tranquilamente en términos selectos, concisos, cualquiera podría considerarse escritor como se considera ingeniero ó notario; ¡bastaría un poco de paciencia, método, desahogo!... Escribir es otra cosa bien distinta...—Y exaltándose á medida que hablaba:—Es vivir primeramente, y tener de la vida un gusto propio, un sabor original, una sensación, allí, en el paladar... es transformarse uno mismo en campo de experiencias, en objeto al inocular la pasión. Aquello que Claudio Bernard hacía con sus perros, lo que Pasteur hace con sus conejos, debemos hacerlo nosotros con nuestro corazón, inyectándole todos los virus del alma humana. Debíamos haber experimentado, aunque no fuese más que por una hora, las mil emociones que pueden hacer vibrar al hombre, nuestro semejante, y todo ello para que un desconocido, de aquí á diez años, á ciento, á doscientos años, lea un libro nuestro, un capítulo, una frase quizá, que detenga su atención diciendo:

«Esto es verdad, pues reconoce el mal que sufre.» Si, es una terrible condición, y se corre el riesgo de perecer. Por consiguiente, sería vano pretender que el médico que disecciona no corra el peligro de cortarse con el escalpelo, y que al visitar un hospital de coléricos no caiga atacado y quizá herido de muerte... Es cierto. Renato ha estado á punto de desaparecer; pero cuando escriba en adelante sobre el amor, los celos, la traición de la mujer, destilará algo de su sangre en sus frases, sangre roja que ha palpitado en una arteria, y no tinta tomada del tintero de los demás. He aquí una hermosa página más que añadir al patrimonio literario de esta Francia, cuyo olvido nos echa V. en cara. Nosotros la servimos á nuestro modo; no es el de V., pero tiene su grandeza. ¿Duda usted quizá de que es también un martirio sufrir lo que es preciso sufrir para arrancarse de las entrañas á *Adolfo* ó *Manon*?

—*Beati pauperes spiritu...* creo haber oído sostener algo semejante en la Escuela Normal, hará unos treinta años, cuando me paseaba por los claustros con mis camaradas que luego han metido ruido en el mundo. Había en sus palabras menos metáforas y más abstracción que en las de V.; llamaban á esto antinomia entre el arte y la moral... Las pa-

labras son palabras y los hechos son hechos... Y puesto que habla V. de ciencia, ¿qué diría V. de un médico que, bajo pretexto de estudiar en sí mismo una enfermedad contagiosa, procurase adquirirla y transmitirla en todo un pueblo? ¿Ha pensado alguna vez la tremenda responsabilidad que esos grandes escritores á quienes envidia han contraído propagando sus miserias íntimas? Yo no he leído esas dos novelas que ha citado, pero me acuerdo bien del *Verther* de Goethe y de la *Rolla* de Musset. ¿Creéis que en el pistoletazo que se ha disparado Renato no hay algo de la influencia de estas dos apologías del suicidio? ¿Quién duda que es una cosa horrible pensar que Goethe ha muerto, que Musset ha muerto, y que sus obras pueden todavía armar el brazo suicida de algún joven que sufre? ¡No! Las enfermedades del alma piden que no se las toque sino para aliviarlas, y esta especie de pasión sin piedad y sin benevolencia por las miserias humanas, me da horror... Créame—concluyó señalando al escritor la cruz trazada encima de la puerta de la iglesia del convento del Carmen,—nadie dirá más que aquella sobre el sufrimiento y sobre las pasiones, y no encontrará el remedio en otra parte.

—Es engañosa como todo lo demás—dijo

Claudio, á quien la convicción del sacerdote acababa de irritar;—en nombre de ella ha educado V. á Renato y V. mismo confesaba que sus esperanzas han sido defraudadas.

—Los designios de Dios son impenetrables—respondió el padre Taconet, cuya mirada dejó entrever un mudo reproche que sonrojó á Claudio. Había cedido á un torpe impulso, de que se avergonzó, tratando de herir al tío de Renato en una fibra dolorida, porque la discusión se volvía contra él. Doblaron sin decir palabra la esquina de la calle de Vaugirard y de la calle Gasette, y llegaron delante de la puerta de la escuela de San Andrés en el momento en que una sección de niños entraba de vuelta del Liceo. Eran muchos como de quince á diez y seis años, en número de cuarenta, de buen aspecto, con aire alegre, con esa fisonomía franca y pura de la adolescencia que precoces desórdenes no han marchitado. Su saludo al pasar delante del director revelaba tal deferencia, tal afecto personal, que sólo por este signo hubiérase reconocido la influencia profunda de este raro educador. Claudio sabía por experiencia con qué minuciosidad se ocupaba de su noble misión el padre Taconet; sabía que todos estos niños estaban vigilados por sus dulces ojos, día por día y hora por hora, y tomando la

mano del sacerdote con súbita emoción, le dijo:

—Es V. un justo; éste es el más hermoso y seguro talento...

—Él salvará á Renato—pensaba, después de haber visto desaparecer la sotana del buen cristiano detrás de la puerta del colegio, que tantas veces había él también traspasado en los años angustiosos. Su visión tomó entonces un aspecto serio y melancólico. Iba casi maquinalmente en dirección á su casa de la calle de Varenne, donde no había vuelto hacia días, y dejaba á su espíritu flotar alrededor de las ideas que la conversación, y más todavía la presencia del sacerdote, habían despertado en él. La felicidad material que dos horas antes había gozado en el balcón de Colette se había extinguido. Todas las miserias de la vida indigna que llevaba hacia dos años, afluían en su memoria, más despreciables ahora por la comparación con las magnificencias ocultas de la vida del deber, cuyo ejemplar perfecto acababa de contemplar. Esta amarga impresión del menosprecio de sí mismo aumentó al encontrarse en su cuarto, lleno de recuerdos de las horas culpables y dolorosas. Se presentaban á su imaginación veinte imágenes en las cuales se resumía todo el drama en que había sido uno de los actores:

Renato leyéndole el manuscrito del *Sigisbeo*, la primera representación en el teatro Francés, la *soirée* en casa de la Komof y la aparición de Susana en traje encarnado, Colette en su casa al día siguiente de la *soirée*, luego Renato contándole su visita á casa de la de Moraines, su salida para Venecia, su vuelta, las escenas que habían seguido, las dos pasiones paralelas que se habían desarrollado en su corazón y en el de su amigo para concluir por el suicidio de uno y el envilecimiento del otro.

—Tiene razón el padre—pensó;—todo esto no son más que grandes inmundicias...

Continuando:

—Sí, el sacerdote salvará á Renato, le obligará á marcharse en cuanto se cure y á que viaje seis meses ó un año; y volverá libre ya de esta horrible historia. Es joven... Un alma de veinticinco años es una planta tan vigorosa, tan verde! ¿Quién sabe? Quizá se enamore de Rosalía y se case con ella... En fin, triunfará. Ha sufrido, mas no se ha envilecido... ¿Pero yo?

En muy pocos minutos trazó el cuadro de su situación presente: treinta y cinco años bien cumplidos, sin un motivo serio para vivir; desorden fuera y dentro de su salud y en su pensamiento, en sus negocios y en su corazón; un sentimiento definitivo de la nada

en la literatura y de las vergüenzas de la pasión, con una absoluta incapacidad de abdicar el oficio de hombre de letras y de abandonar el libertinaje...

—¿Será en realidad demasiado tarde?...— se preguntaba, paseando á lo largo de su cuarto.

Entrevió como un puerto lejano la casa de su anciana tía, aquella hermana de su padre, aislada en una provincia, á la cual escribía dos ó tres veces en el invierno, y casi siempre para pedirle dinero. El cuartito que le esperaba se pintó en su imaginación, con la ventana mirando sobre la pradera, cerrada por un ribazo y atravesada por un riachuelo bordado de sauces. ¿Por qué no buscar allí un retiro donde ensayar su reconstitución? ¿Por qué no intentar por última vez un esfuerzo para salir de las villanías de una existencia que no tenía ya ilusión alguna para él? ¿Por qué no se iba en seguida y sin volver á ver á esa mujer que le había sido más funesta que Susana á Renato?... La agitación que le produjo la perspectiva de una salvación todavía posible, le lanzó de su habitación, no sin advertir á Fernando que preparase su maleta. Salió, y á la casualidad se dejó llevar por sus pies á la entrada de los Campos Eliseos. En una tarde tan hermosa de Mayo, los carruajes

pasaban en gran número. La antítesis entre esta movable decoración del París de las fiestas, tan adorado otras veces por él, y la decoración inmóvil que soñaba ahora en una suprema conversión, sedujo al artista. Se sentó en una silla, miró el desfile, reconociendo á unas y á otras y recordando las historias verdaderas ó falsas que él sabía sobre cada uno ó cada una... De pronto atrajo su atención un coche. No, no se engañaba. Un elegante *vis-à-vis* se acercaba, conduciendo á la de Moraines con Desforges sentado á su lado, y Pablo Moraines en frente. Susana sonreía al Barón, que evidentemente llevaba á su querida y al marido al Bosque, sin duda para comer allí. Ella no vió al amigo de Renato, quien, después de haber seguido con la vista mucho tiempo la linda cabeza rubia medio vuelta hacia su protector, púsose á reír diciendo en alta voz:

—¡Qué comedia es la vida y qué necedad hacer de ella un drama!

Sacó su reloj, y levantándose precipitadamente, dijo:

—Las seis y media; voy á llegar tarde á casa de Colette...

Y tomó un coche que pasaba vacío, para llegar á la calle de Rivoli cinco minutos más pronto.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
I.—Un rincón de provincia en París.....	5
II.—Almas candidas.....	20
III.—Un enamorado y un «snob».....	34
IV.—El <i>Sigisbeo</i>	47
V.—El alba del amor.....	64
VI.—La lógica de un observador.....	81
VII.—Perfil de madona.....	90
VIII.—El otro perfil de la madona.....	101
IX.—Una cómica de buena fe.....	115
X.—En el lazo.....	129
XI.—Declaraciones.....	140
XII.—Lealtad cruel.....	151
XIII.— <i>At home</i>	164
XIV.—Días felices.....	175
XV.—Los odios de Colette.....	191
XVI.—Historia de una sospecha.....	209
XVII.—Evidencias.....	233
XVIII.—El más feliz de los cuatro.....	263
XIX.—Todo ó nada.....	287
XX.—El padre Taconet.....	325